

José Carlos Aguado Vázquez

El concepto del cuerpo humano en la medicina del siglo XVI

Una reflexión sobre el trabajo de fray Agustín Farfán *Tractado Breve de Medicina y de todas las enfermedades*, 1592

La obra del fraile agustino, médico, cirujano y universitario, Agustín Farfán (1532-1604) resulta de interés para la comprensión de uno de los fundamentos de nuestra medicina en particular y del conocimiento propio de la época moderna en nuestro continente. Este fraile además de ser licenciado en medicina en Sevilla obtiene el grado de doctor en la Real y Pontificia Universidad de México y es el autor de uno de los pocos textos médicos impresos en la Nueva España durante el siglo XVI. El texto que nos ocupa, dedicado al virrey don Luis de Velasco, es además redactado con un propósito que ilustra tanto el estado de la atención médica en ese momento, como la preocupación porque el conocimiento médico esté al alcance de una población que carece de médicos y boticas. En palabras del doctor Ortiz de Hinojosa contemporáneo del autor: "...hallo (el tratado) ser útil y provechoso, para todo género de gente en esta nueva España especialmente para los que tienen su habitación y moradas en las ciudades villas y lugares donde hay falta de médicos y medicinas de botica".

En este propósito encuentro una actitud que bien podría caracterizar una parte de la modernidad en tanto proceso de cambio ideológico social: el saber más refinado puesto al alcance de quien lo quiera obtener. El conocimiento como un bien común y público. Comparado esto con el manejo del conocimiento durante la

Edad Media podemos señalar un movimiento explícito de lo esotérico a lo exotérico. También llama la atención esta actitud si la comparamos con un gran pensador del Renacimiento, Paracelso, que si bien puso interés en la crítica abierta y se preocupó en la práctica por la salud del ciudadano común, su lenguaje era críptico y difícil de descifrar. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la obra de Agustín Farfán forma parte de una corriente de pensamiento que puso en primer plano lo que actualmente conocemos como difusión y extensión de la cultura.

Esto resulta significativo a mi manera de ver porque marca en el continente americano, muy temprano, un elemento indispensable para lo que eventualmente se consolidará como conocimiento científico. La ciencia, tal y como hoy la conocemos, sería impensable sin este elemento ideológico exotérico. Es decir, exponer a los ojos de la crítica de la razón el saber y presentarlo para su aplicación en beneficio del bien común. Este elemento frecuentemente soslayado es, desde mi punto de vista, tan importante como la lógica que caracteriza al saber científico.

Esta tendencia, que caracteriza una nueva forma de comprender el saber, se puede apreciar también en la forma de presentación de los propios conocimientos. Se establece un discurso descriptivo argumentado y racional que fundamenta sus aciertos y busca demostrar la vali-

dez de las afirmaciones con fundamento en la experiencia. En el caso que nos ocupa, el autor cita frecuentemente sus fuentes —Galeno, Avicena, Rasí (Razhes)—, lo cual es una forma de hacer un llamado a la experiencia y al saber previo. La estructura del texto está pensada de una forma didáctica, útil para el manejo del lector; por ejemplo, organizada en libros y capítulos con una secuencia numérica, con títulos y subtítulos con un índice descriptivo.

Las enfermedades se encuentran descritas resaltando los elementos principales de identificación; las posibles causas asociadas, la prevención y el tratamiento médico. Las recomendaciones terapéuticas guardan un cuidado en especificar dosis, hora de ingesta y forma de preparación; de igual forma se presume permanentemente la dificultad de obtener tal o cual remedio y se dan alternativas para adecuarlo a las posibilidades de la región.

Otro elemento que sobresale de la obra de Farfán es precisamente la segunda edición mejorada al grado de hacer una nueva. Aquí se observa la preocupación y disposición del autor frente a su propio saber de revisión crítica y mejoría. A mi juicio esto es un elemento relevante en la nueva disposición frente al conocimiento que rápidamente acepta y procura su propia corrección. Aquí, Farfán se distingue de su guía teórico: Galeno.

Aunque la obra en lo fundamental se apega al conocimiento clásico galénico, existen algunas variantes de interés que reflejan una disposición nueva frente al conocimiento. Es evidente, por ejemplo, que el fraile agustino incorpora algunos remedios recientemente usados en la medicina española como la raíz de matla-listic.

En el libro quinto "De la Anothomia" se puede apreciar su discurso descriptivo y topológico en el que no descuida las definiciones y las referencias etimológicas o los diversos nombres de un miembro según el latín y el griego: "Llamamos miembro o parte a una casa apartada de la otra. Los miembros del cuerpo son engendrados por la primera mixtion de los humores..."

En esta forma de exponer la anatomía a la manera de Galeno llama la atención tanto el señalamiento de los diferentes miembros simples, compuestos, orgánicos, miembros simples entre los principales. Entre los primeros hace referencia a lo que en nuestros términos podría referirse a tejidos (nervios, cartilago, músculo, etc.). Después hace mención de lo que actualmente llamamos órganos vitales y a las partes del cuerpo. Galeno distingue el rostro, el corazón y el hígado como instrumentos del alma.

Podemos distinguir en Farfán un orden de exposición que no representa al propuesto por Galeno, que inicia con las manos. En este caso, se empieza por la cabeza y sus miembros, continuando con el cerebro. Pienso que este cambio no es fortuito y que obedece a un énfasis diferente a la caracterización ideológica del cuerpo. Mientras en Aristóteles el cerebro tiene un papel poco relevante y el órgano central es el corazón, en Galeno el cerebro tiene un peso mayor, ya que es el asiento de la memoria, la imaginación y el pensamiento, y ahí se procesa (se temple) el espíritu animal fuente de la vida. Farfán está más cerca de Gale-

no, aunque no le da el peso a las manos y a la bipedestación, sino le da un lugar especial al cerebro como tal, como centro de sensibilidad y movimiento, haciendo una señalización cuidadosa.

Galeno divide al cerebro en tres apartados o vientrecillos (ventrículos). En la parte posterior del cerebro ubica el fundamento de la imaginación, de la cognitiva y de la memoria. En la porción anterior y superior se asienta la fantasía y es la que distingue las especies a partir de la información obtenida por los sentidos. En la parte postrera ubica la imaginativa, que "aprehende las especies detenidas en la fantasía", compone y divide (proceso analítico) mas no dice "esto es blanco y esto es negro" (juicio). En medio de dicho ventrículo está el sentido común. Sirve, según el texto, para dar sentido a los miembros orgánicos (rostro, corazón e hígado) y espíritu animal. En lo que llama tercer ventrículo y que lo ubica en la parte posterior de la cabeza y lo nombra piramidal, señala un proceso que hace referencia al manejo secreto de sentencias pronunciadas a partir del segundo ventrículo.

Esta manera de entender los procesos mentales apunta con toda claridad a la ubicación anatómico funcional en el cerebro. A mi parecer es un dato ilustrativo de lo que más adelante hemos conocido como cerebrocentrismo, es decir, el concepto ideológico que le ha dado un peso particularmente importante al cerebro en Occidente como órgano representativo de la humanidad. Mucho antes que en Freud, se observa la preocupación de identificar con precisión anatómico-funcional las cualidades característicamente humanas y que durante el presente siglo dieron pie a los grandes descubrimientos de localización cerebral. Este dato es el antecedente indispensable del pensamiento científico-médico. Nos llama la atención que el discurso de Agustín Farfán es sobrio,

descriptivo y sus referencias teleológicas de la anatomía señalan a la naturaleza. Es decir, existe claramente una diferenciación filosófica entre el discurso religioso y el de la medicina aun en un médico que era fraile. Esto también es un elemento que parece anunciar claramente un cambio de concepto de hombre y de cosmos, así como una nueva forma de comprender el saber; aunque esa forma sea una resignificación del pensamiento clásico griego, en este periodo adquiere un alcance nuevo debido al terreno sobre el que se está desarrollando. Estos datos permiten afirmar que en el continente americano se dejaron sentir muy pronto los aires del Renacimiento con sus mejores muestras y que si bien no toda la información se transmitió a la velocidad de Europa, los nuevos conceptos estaban aquí presentes desde los albores de la modernidad. Queremos pensar que influyó en esto el reto a la inteligencia que significó el descubrimiento y la comprensión del nuevo mundo.

Bibliografía

- Farfán, Agustín, *Tractado Breve de Medicina y de todas las enfermedades*, Casa Pedro Ocharte México, 1592, edición facsímil en Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1944.
- Goodfield, G. J., *El desarrollo de la fisiología científica*, UNAM, México, 1987.
- Guerra, Francisco, *Historia de la medicina*, Norma, Madrid, 1982.
- Herreman, Rogelio, *Historia de la medicina*, Trillas, México, 1991.
- Hirschbergen, Johannes, *Historia de la filosofía*, Herder, Barcelona, 1965.
- Laín Entralgo, P., *El cuerpo humano. Oriente y Grecia antigua*, Espasa Calpe, Madrid, 1987.
- Sendrail, Marcel, *Historia cultural de la enfermedad*, Espasa Calpe, Madrid, 1983.